

- Un ser tan noble, tan puro...
ver cómo se hunde y se mancha...
Y dices que está allí dentro...
¡éll... ¡Ernesto!... ¡Virgen santa!
Mira, Mercedes... Mercedes...
¡que se aleje de esta casa!
- MERC. Eso quiero yo también,
y tu energía me agrada. (Con verdadero gozo.)
¡Perdóname!... ¡que ahora creol...
(Abrazándola con efusión.)
- TEOD. ¿Y antes no?
(La actriz dará á esta frase toda la intención que el autor ha querido que tenga.)
- MERC. Silencio... calla...
él se acerca.
- TEOD. (Con impetu.) ¡No he de verle!
Dile tú... ¡Julian me aguarda!
(Dirigiéndose á la derecha.)
- MERC. (Deteniéndola.)
Imposible... ya lo sabes...
y él mis órdenes no acata.
Y ahora que conozco á fondo
tus sentimientos, me agrada
que encuentre el desprecio en tí
que antes halló en mis palabras.
- TEOD. ¡Déjame!
- ERN. (Deteniéndose al entrar.)
¡Teodora!...
- MERC. (Aparte á Teodora.) (Es tarde.
Cumple tu deber y basta.)
(En voz alta á Ernesto.)
El mandato que hace poco
de mis labios escuchaba,
va á repetirlo Teodora,
como dueña de esta casa.
- TEOD. (En voz baja á Mercedes.)
(No me dejes.)
- MERC. (Lo mismo á Teodora.) (¿Temas algo?)
- TEOD. (¡Yo temer!... No temo nada.)
(Le hace señal de que salga.—Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

ESCENA VII

TEODORA y ERNESTO

- ERN. Que saliese... fué el mandato.
(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven á mirarse.)
¿Y usted... lo repite ahora?
(Teodora hace una señal afirmativa, pero sin fijar la vista en él.)
Pues no tema usted, Teodora:
yo lo cumplo y yo lo acato.
(Triste y respetuoso.)
¡Los demás no hallarán modo
de obediencia, aunque les pese!
(Con dureza.)
De usted... aunque me ofendiese...
de usted... yo lo sufro todo.
(Con sumisión.)
- TEOD. ¡Ofenderle, Ernesto!... No.
¿Cree usted que yo ..?
(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)
No lo creo.
- ERN. (Nueva pausa.)
- TEOD. Adiós... su dicho deseo.
(sin volverse ni mirarlo.)
- ERN. Adiós, Teodora.
(Se detiene un momento; pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Después de llegar al fondo, vuelve y se acerca á ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige á él la vista.)
Si yo
todo el mal que, á mi pesar,
por mi maldecida suerte,
le he causado, con mi muerte
ahora pudiese borrar,
bien pronto no quedaría,
lo juro como hombre honrado,
ni una sombra del pasado,
ni un suspiro de agonía,

ni esa triste palidez,
(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)

ni esa mirada que espanta,
ni un sollozo en su garganta,
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)
ni una lagrima en su tez.

TEOD. (Aparte, alejándose de Ernesto.)
(¡Mercedes dijo verdad!...
y yo ciega, inadvertida...)

ERN. Un adiós de despedida,
uno sólo, ¡por piedad!

TEOD. Adiós... sí... yo le perdono
el mal que nos hizo.

ERN. ¡Que hice!
¡Yo, Teodora!

TEOD. Usted lo dice.

ERN. ¡Esa miradal... ¡Ese tonol...

TEOD. ¡No más, Ernesto, por Dios!

ERN. ¿Qué hice yo que mereciera?...

TEOD. Como si yo no existiera:
todo acabó entre los dos.

ERN. ¡Ese acento!... ¡Ese desdén!...

TEOD. (Con dureza y extendiendo el brazo hacia la puerta.)
¡Salga usted!

ERN. ¡Que salga... así!

TEOD. ¡Mi esposo se muere allí...
y aquí me muero también!...
(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERN. (Precipitándose para sostenerla.)

¡Teodora!

TEOD. (Rechazándole con energía.)

¡Tocarme, no!

¡Sola!

(Pausa. La actitud y las miradas de los actores, las que su talento les inspire.)

Ya el pecho se ensancha.

(Quiere dar unos pasos: de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella lo rechaza y se aleja de él.)

ERN. ¿Por qué no?

TEOD. (Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERN. ¿Que yo mancho?

TEOD. Cierto.

ERN. ¡Yo!

(Pausa.)

¿Pero qué dice, Dios mío?...

¡Ella también!... ¡Imposible!

¡Si la muerte es preferible!...

¡No es verdad!... ¡Yo desvariol!...

¡Diga usted que no, Teodora!

¡Una frase, por el cielo,

de perdón, ó de consuelo,

ó de lástima, señora!

¡Yo me resigno á partir

y á no verla á usted ya nunca,

aunque esto desgarrá y trunca

y mata mi porvenir!

Pero es si á mi soledad

me siguen, con su perdón,

su afecto, su estimación...

¡por lo menos su piedad!

¡Es creyendo que usted cree

que soy leal, que soy honrado,

que ni mancho, ni he manchado,

ni afrento, ni afrentaré!

¡Me importa poco del mundo,

desdén sus maldiciones,

y me inspiran sus pasiones

el desprecio más profundo!

Hiera terco, ó hiera cruel,

murmure de lo que fui,

nunca pensará de mí

todo lo que pienso de él!

¡Pero usted! ¡el ser mas puro

que forjó la fantasía!

¡usted! ¡por quien yo daría

una y mil veces, lo juro,

y con ansia, con anhelo,

en esta insensata guerra,

no ya mi vida en la tierra,

sino mi puesto en el cielo!

¡usted sospechar que yo

de traiciones soy capaz,

que no está el mal en mi faz!...

eso, Teodora... ¡eso, no!

- (Con profunda emoción, con angustia profundísima con acento desesperado.)
(Con creciente ansiedad.)
- TEOD. ¡No me ha comprendido usted!
Separémonos, Ernesto.
- ERN. ¡Así no es posible!...
- TEOD. ¡Presto!...
- ¡se lo pido por merced!...
Julián... sufre... (Señalando hacia su cuarto.)
- ERN. Ya lo sé.
- TEOD. Pues no lo olvidemos.
- ERN. No.
- TEOD. ¡Pero también sufro yo!
- ERN. ¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?
- TEOD. ¡Por su desprecio!
- ERN. No hay tal.
- TEOD. Usted lo dijo.
- ERN. Mentí.
- ERN. ¡No! Fué por algo; y así no sufrimos por igual. En este luchar eterno, en esta implacable guerra, él sufre como en la tierra, y yo como en el infierno.
- TEOD. ¡Por Dios!... ¡Se abrasa mi frente!
- ERN. ¡Se oprime mi corazón!
- TEOD. ¡Basta, Ernesto; compasión!
- ERN. ¡Eso pido solamente!
- TEOD. ¡Piedad!
- ERN. ¡Pues eso, piedad!
- De mí... ¿qué teme... ó qué piensa?
(Acercándose á ella.)
- TEOD. Perdone usted si hubo ofensa...
- ERN. Ofensa, no. ¡La verdad!
- ¡La verdad es lo que quiero!...
¡Y la pido de rodillas,
con el llanto en las mejillas!
- (Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este momento, en la puerta que corresponde al cuarto de don Julián, aparece don Severo y en ella se detiene.)
- SEV. (Aparte.)
(¡Miserables!)
- TEOD. ¡Don Severo!

ESCENA VIII

- TEODORA, ERNESTO y DON SEVERO. Ernesto se separa hacia la izquierda; don Severo viene á colocarse entre él y Teodora.
- SEV. (A Ernesto, con ira reconcentrada y en voz baja para que no les oiga don Julián.)
Por no encontrar ni frase ni palabra que mi cólera exprese y mi desprecio, habré de contentarme con decirle:
¡Es usted un miserable!... ¡Salga presto!
- ERN. (Lo mismo.)
Por respeto á Teodora y á esta casa, porque sufre quien sufre en aquel lecho, habré de contentarme, señor mío, con poner la respuesta... en el silencio.
(Creuyendo que sale y con cierta ironía.)
Callar y obedecer es lo prudente.
- SEV. No me ha entendido usted: si no obedezco.
- SEV. ¿Se queda usted?
- ERN. En tanto que Teodora no reitere el mandato, aquí me quedo. Iba á salir ha poco para siempre, y Dios ó Satanás me detuvieron. Vino usted, me arrojó, y á sus injurias, cual si fuesen conjuros del infierno, raíces sentí brotar, que de mis plantas se agarraban firmísimas al suelo.
- SEV. Voy á probar llamando á los criados si á palos las arrancan.
- ERN. Pruebe.
- (Ernesto da un paso hacia don Severo con aire amenazador. Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)
- TEOD. ¡Ernesto!
- (Volviéndose después con energía y dignidad hacia su cuñado.)
Olvida usted, sin duda, que en mi casa mientras viva mi esposo, que es su dueño, para mandar aquí, los dos tan solo autoridad tenemos y derecho.

(A Ernesto con dulzura.)

No por él... por mi causa, por mi angustia...

(Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora lo defiende.)

ERN. Teodora, ¿usted lo quiere?

TEOD. Se lo ruego.

(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

SEV. ¡Me confunde y me asombra tu osadía, tanto... no, mucho más que la de Ernesto!

(Acercándose amenazador a Teodora. Ernesto, que ha dado unos pasos, se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada, y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos a los anteriores pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde, ¿cómo encuentras por defenderle enérgicos acentos?

¡Bien habla la pasión!

(Ernesto ya en el fondo se detiene.)

¡Pero tú olvidas que antes de echarle a él, supo Severo de esta casa arrojarte, que manchabas con sangre de Julián! ¿Para qué has vuelto?

(Cogiéndola brutalmente por un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más a ella.)

ERN. ¡Ah! ¡No es posible!... ¡No!...

(Se precipita entre Teodora y Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

SEV. ¡Otra vez!

ERN. ¡Otra vez!

SEV. ¡Vienes de nuevo!

ERN. Pues a Teodora tu insolencia ofende

(Desde este momento no es dueño de sí.)

y me siento con vida, ¿qué remedio?

¡Volver, volver, y castigar tu audacia y llamarte cobarde a voz en cuello!

¡A mí!

SEV. Sin duda.

ERN. ¡No!

TEOD. ¡Si él lo ha querido!

ERN. ¡Si la mano le ví poner colérico

sobre usted, sobre usted!... (A Teodora.)

¡De esta manera!

(Coge violentamente a don Severo por un brazo.)

SEV. ¡Insolente!

ERN. ¡Es verdad; pero no suelto!

¿Tuvo usted madre? Si. ¿La amaba mucho?

¿La respetaba aún más? ¡Pues así quiero que respete a Teodora y que se humille de esta mujer ante el dolor inmenso!

¡De esta mujer, más pura y más honrada que su madre de usted, mal caballero!

¡A mí!... ¡Tal dice!

SEV.

ERN.

SEV.

ERN.

¡Sí, y aun no he concluído!

¡Tu vida!...

Si, mi vida; pero luego,

(Teodora quiere separarlo; pero él la aparta dulcemente con una mano sin soltar la otra.)

En un Dios creará usted: es necesario...

¡Un Hacedor!... ¡Una esperanza!... Bueno.

Pues como dobla sus rodillas torpes ante el altar del Dios que está en los cielos,

ante Teodora han de doblarse, y pronto!

¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEOD.

ERN.

¡Por piedad!

¡Al suelo!

(Le obliga a arrodillarse delante de Teodora.)

¡Basta, Ernesto!

TEOD.

SEV.

ERN.

SEV.

ERN.

SEV.

ERN.

TEOD.

¡Mil rayos!

¡A sus plantas!

¡Tú!

¡Yol

¡Por ella!

¡Sí!

¡No más!... ¡Silencio!

(Teodora, aterrada, señala hacia el cuarto de don Julián. Ernesto suelta su presa: don Severo se levanta y retrocede hacia la derecha. Teodora se lleva hacia el fondo a Ernesto. De este modo ella y él forman un grupo que se aleja.)

ESCENA IX

TEODORA, ERNESTO y DON SEVERO; después, DON JULIÁN y DOÑA MERCEDES

JULIÁN ¡Déjame! (Desdo dentro.)
 MERC. ¡No, por Dios!... (Lo mismo.)
 JULIÁN ¡Son ellos... vamos!...
 TEOD. ¡Salga usted!... (A Ernesto, llevándose.)
 SEV. (A Ernesto.) ¡Mi venganza!
 ERN. No la niego.
 (En este momento se presenta don Julián, pálido, descompuesto, casi moribundo, y doña Mercedes conteniéndolo. Al presentarse él, don Severo está a la derecha, primer término, y Teodora y Ernesto formando un grupo en el fondo.)
 JULIÁN ¡Juntos!... ¿Adónde van?... ¡Que los detengan!
 ¡Huyen de mí!... ¡Traidores! [gan!
 (Quiere precipitarse sobre ellos pero le faltan las fuerzas y vacila.)
 SEV. (Acudiendo á sostenerlo.) ¡No!
 JULIÁN ¡Severo, me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!
 (Mientras pronuncia estas palabras, entre doña Mercedes y don Severo le traen á la butaca de la derecha.)
 ¡Allí!... ¡Mira! ¡Los dos.. ella y Ernesto!
 ¿Por qué están juntos?
 TEOD. (Se separan uno de otro.) ¡No!
 ERN. ¿Por qué no vienen?
 JULIÁN ¡Teodora!...
 TEOD. (Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)
 ¡Mi Julián!...
 JULIÁN ¡Sobre mi pecho!
 (Teodora se precipita en los brazos de don Julián, que la estrecha fuertemente. Pausa.)
 ¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me engañan!... [gan!
 ¡y en mis brazos la oprimo y la sujeto!
 ¡y puedo darle muerte!... ¡y la merecel...
 ¡y la miro... la miro!... ¡y ya no puedo!...

TEOD. ¡Julián!...
 JULIÁN ¿Y aquél?... (Señalando á Ernesto.)
 ERN. ¡Señor!
 JULIÁN ¡Y yo le amaba!...
 Calla y acércate... (Ernesto se aproxima.)
 (Sujetando á Teodora.) ¡Aún soy su dueño!
 ¡Tuya!... ¡tuya!...
 TEOD. ¡No finjas! ¡no me mientas!
 JULIÁN ¡Por Dios santo!... (Procurando calmarle.)
 MERC. (Lo mismo.) ¡Julián!...
 SEV. (A los dos.) ¡Callad!... ¡silencio!
 JULIÁN (A Teodora.)
 ¡Si yo te adiviné!... ¡si sé que le amas!
 (Teodora y Ernesto quieren protestar, pero no les deja.)
 ¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!
 ERN. ¡No, padre!
 TEOD. ¡No!
 JULIÁN ¡Lo niegan!... ¡y lo niegan!
 ¡Si es la evidencia! ¡si en mí sér la siento!
 ¡porque esta calentura que me abrasa,
 con su llama ilumina mi cerebro!
 ERN. ¡Del hervor de la sangre, del delirio,
 todas esas ficciones son engendros!
 ¡Escúche usted, señor!
 JULIÁN ¡Vas á mentirme!
 ERN. (Señalando á Teodora.)
 ¡Es inocente!
 JULIÁN ¡No!... ¡si no te creo!...
 ERN. ¡De mi padre, señor, por la memoria!...
 JULIÁN ¡No profanes su nombre y su recuerdo!
 ERN. ¡Por el último beso de mi madre!
 JULIÁN ¡No está en tu frente ya su último beso!
 ERN. Por cuanto quiera usted, ¡oh, padre mío!
 juraré, juraré.
 JULIÁN No juramentos,
 ni engañosas palabras, ni protestas...
 ERN. Pues bien, ¿qué quiere usted?
 TEOD. ¿Que quieres?
 JULIÁN ¡Hecho!
 ERN. ¿Qué desea, Teodora? ¿Qué nos pide?
 TEOD. ¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿qué hacer, Ernesto?

JULIÁN (Que les ha seguido con mirada febril y con instintiva desconfianza.)
 ¡Ah! ¿Delante de mí buscáis engaños?...
 ¡Os concertais, infames!... ¡Lo estoy viendo!
 ¡Por la fiebre ve usted, no por los ojos!
 JULIÁN ¡La fiebre, sí! ¡Como la fiebre es fuego,
 la venda consumió que ante la vista
 me pusisteis los dos, y al fin ya ve! [dores?
 Y ahora, ¿por qué os mirais... por qué traí-
 ¿por qué brillan tus ojos? ¡Habla, Ernesto!
 No es el brillo del llanto... Ven... Más cerca...
 aún más...
 (Le obliga á acercarse: le hace bajar la cabeza y al fin viene á caer de rodillas ante él. De este modo queda don Julián entre Teodora, que está á su lado, y Ernesto que está á sus pies. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)
 ¿Lo ves?... ¡no es llanto!... ¡si están
 ¡Perdón!... ¡perdón!... [secos!
 JULIÁN ¡Pues si perdón me pide,
 confiesas tu maldad!
 ERN. ¡No!
 JULIÁN ¡Sí!
 ERN. ¡No es eso!
 JULIÁN Pues cruzad ante mí vuestras miradas...
 SEV. ¡Julián!
 MERC ¡Señor!
 JULIÁN (A Teodora y Ernesto.) ¿Acaso tenéis miedo?
 ¿No os amais como hermanos? ¡Pues pro-
 [badlo!
 ¡De las anchas pupilas á los cercos
 salgan las almas y sus castas luces
 en mi presencia mezclen sus reflejos,
 que yo veré, porque veré de cerca,
 si esos rayos de luz son luz ó fuego!
 Tú, Teodora, también... si ha de ser... va-
 ¡Venid!... ¡los dos!... ¡aun más! [mos...
 (Hace caer ante él á Teodora, los aproxima á la fuer-
 za y les obliga á mirarse)
 TEOD. (Separándose con un violento esfuerzo.)
 ERN. ¡Ah! ¡no!
 (Procura desasirse, pero don Julián le sujeta.)
 ¡No puedol

JULIÁN ¡Os amais!... ¡os amais! ¡claro lo he visto!
 ¡Tu vida! (A Ernesto.)
 ERN. ¡Sí!
 JULIÁN ¡Tu sangre!
 ERN. ¡Toda!
 JULIÁN (Sujetándole de rodillas.) ¡Quieto!
 TEOD. ¡Julián! (Conteniéndole.)
 JULIÁN ¿Tú le defiendes?... ¿Le defiendes?..
 TEOD. ¡Pero si no es por él!
 SEV. ¡Por Dios!...
 JULIÁN (A don Severo.) ¡Silencio!
 ¡Mal hijo!... ¡mal hijo!
 (Sujetándole á sus pies.)
 ERN. ¡Padre mío!
 JULIÁN ¡Desleal!... ¡Traidor! (Lo mismo.)
 ERN. ¡No, padre!
 JULIÁN Voy el sello
 á ponerte de vil en la mejilla...
 ¡hoy con mi mano!... ¡pronto con mi acero!
 (Con un resto de suprema energía se incorpora y le golpea en el rostro.)
 ERN. (Da un grito terrible, se levanta y se separa hacia la izquierda cubriéndose la cara.)
 ¡Ah!
 SEV. ¡Justicia!
 (Extendiendo el brazo hacia Ernesto.)
 TEOD. ¡Jesús!
 (Se oculta el rostro entre las manos y va á caer en una silla de la derecha.)
 MERC. ¡Delirio ha sido!
 (A Ernesto como disculpando á don Julián.)
 (Estos cuatro gritos, rapidísimos. Momentos de estu-
 por. Don Julián siempre en pie y mirando á Ernesto.
 Doña Mercedes y don Severo conteniéndole.)
 JULIÁN ¡Delirio, no: ¡castigo, vive el cielo!
 ¿Qué pensabas, ingrato?
 Vamos... vamos...
 MERC. Ven, Julián...
 SEV. ¡Sí, ya voy!
 JULIÁN (Se encamina penosamente hacia su cuarto sostenido por don Severo y doña Mercedes, pero deteniéndose algunas veces para mirar á Ernesto y Teodora.)
 MERC. ¡Pronto, Severo!

JULIÁN ¡Míralos... los infames... fué justicia!
¿no es verdad?... ¿no es verdad?... Yo así lo
SEV. ¡Por Dios, Julián!... ¡Por mí! [creo.
JULIÁN ¡Tú solo! ¡solo...
me has querido en el mundo!...
(Abrazándole.)
SEV. ¡Yo, sí! ¡cierto!
JULIÁN (Sigue caminando: cerca de la puerta se detiene y otra
vez los mira.)
¡Y ella llora por él! ¡y no me sigue!...
¡ni me mira! ¡ni ve... que yo me muero!...
¡Me muero... sí!
SEV. ¡Julián!...
JULIÁN ¡Espera... espera!...
(Deteniéndose en la misma puerta.)
¡Deshonra por deshonra!... ¡Adiós, Ernesto!
(Salen don Julián, don Severo y doña Mercedes por la
derecha segundo término.)

ESCENA X

TEODORA y ERNESTO. Ernesto cae en el sillón próximo a la mesa.
Teodora continúa a la derecha. Pausa

ERN. (Aparte.) ¡De qué sirve la lealtad!
TEOD. ¡De qué sirve la inocencia!
ERN. ¡Se oscurece mi conciencia!
TEOD. ¡Piedad, Dios mío, piedad!
ERN. ¡Suerte fiera!
TEOD. ¡Triste suerte!
ERN. ¡Pobre niña!
TEOD. ¡Pobre Ernesto!
(Hasta aquí todos son apartes.)
SEV. (Desde dentro: los que siguen son gritos de suprema
angustia.)
¡Hermano!
MERC. ¡Socorro!
PEP. ¡Prestol
(Ernesto y Teodora se levantan y se acercan uno a
otro.)
TEOD. ¡Gritos de dolor!...
ERN. ¡De muertel.

TEOD. ¡Vamos pronto!
ERN. ¿Dónde?
TEOD. Allí.
ERN. (Deteniéndola.) No podemos.
TEOD. ¿Por qué no?
ERN. ¡Yo quiero que viva! (Con ansia.)
(Yo mismo.) ¡Y yo!
pero no puedo...
(Señalando hacia el cuarto de don Julián.)
TEOD. ¡Yo sí!
(Precipitándose hacia allá.)

ESCENA ULTIMA

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO y PEPITO. La disposición de
los personajes es la siguiente: Ernesto, en pie en el centro. Teodora,
en la puerta del cuarto de don Julián. Cerrándole el paso don Seve-
ro, que sale un momento después que Pepito

PEP. ¿Dónde vas?
TEOD. (Con desesperada ansiedad.) ¡Le quiero ver!
PEP. ¡No es posible!
SEV. ¡No se pasa!...
¡Esa mujer en mi casa!...
¡Pronto... arroja esa mujer!... (A su hijo.)
¡Sin compasión!... ¡Al instante!
ERN. ¿Qué dice?
TEOD. ¡Yo desvarío!
SEV. ¡Aunque tu madre, hijo mío,
se ponga de ella delante,
has de cumplir mi mandato!
¡Aunque suplique!... ¡Aunque implore!
Si llora... nada, ¡que lllore!
(A su hijo, con ira reconcentrada.)
¡Lejos... lejos... ó la mato!
¡Julián manda!...
TEOD. ¡Julián, sí!
SEV. ¿Su esposo?... ¡No puede ser!
ERN. ¡Verle!
TEOD. ¡Verle!
SEV. ¡Pues le vas á ver;
y después... huye de aquí!

PEP. ¡Padre! (Como queriendo oponerse.)
 SEV. Deja... (A Pepito, separándole.)
 TEOD. ¡Si no es cierto!
 PEP. ¡Si es horrible!
 TEOD. ¡Si es mentiral
 SEV. ¡Ven, Teodora... ven y mira!
 (La coge por un brazo, la lleva á la puerta del cuarto de don Julián, levanta el cortinaje y señala el interior.)
 TEOD. ¡El!... ¡Julián!... ¡Mi Julián!.. ¡Muerto!...
 (Dice esto retrocediendo en ademán trágico y cae desplomada en el centro.)
 ERN. ¡Padre!
 (Cubriéndose el rostro. Pausa: don Severo los contempla con mirada rencorosa.)
 SEV. (A su hijo, señalando á Teodora.)
 ¡Arrojala!
 ERN. (Poniéndose delante del cuerpo de Teodora.)
 ¡Cruel!
 PEP. ¡Señor!... (Dudando.)
 SEV. (A su hijo.) Es mi voluntad.
 ¿Dudas?
 ERN. ¡Piedad!
 SEV. ¡Sí, piedad!
 ¡La que tuvo ella con él!
 (Señalando hacia dentro.)
 ERN. ¡Ah!... ¡Que mi sangre se inflama!
 ¡Saldré de España!
 SEV. No importa.
 ERN. ¡Moriré!
 SEV. La vida es corta.
 ERN. ¡Por última vez!
 SEV. No; llama. (A su hijo.)
 ERN. ¡Que es inocente! ¡Lo digo
 y lo juro!...
 PEP. Padre... (Como intercediendo.)
 SEV. (A su hijo, señalando con desprecio á Ernesto.)
 Miente.
 ERN. ¿Me arrojas á la corriente?
 ¡Pues ya no lucho, la sigo!
 Qué pensará... no presiento,
 (Señalando á Teodora.)
 del mundo y de tus agravios,

que mudos están sus labios,
 y duerme su pensamiento.
 Pero lo que pienso yo...
 eso... ¡lo voy á decir!
 SEV. ¡Inútil! No has de impedir
 que yo mismo...
 (Queriendo aproximarse á Teodora.)
 PEP. (Conteniéndole.) Padre...
 ERN. ¡No! (Pausa.)
 Nadie se acerque á esta mujer; es mía.
 Lo quiso el mundo; yo su fallo acepto.
 El la trajo á mis brazos: ¡ven, Teodora!
 (Levantándola y sosteniéndola entre sus brazos en este momento ó en el que el actor crea conveniente.)
 ¡Tú la arrojas de aquí... Te obedecemos!
 SEV. ¡Al fin!... ¡Infame!
 PEP. ¡Miserable!
 ERN. Todo.
 ¡Y ahora tenéis razón! ¡Ahora confieso!
 ¿Queréis pasión?... Pues bien, pasión, ¡delirio!
 ¿Queréis amor?... Pues bien, ¡amor inmenso!
 ¿Queréis aun más?... Pues más, ¡si no me es-
 [panto!
 ¡Vosotros á inventar!... ¡Yo á recogerlo!
 ¡Y contadlo... contadlo!... ¡La noticia
 de la heroica ciudad llene los ecos!
 Mas si alguien os pregunta quién ha sido
 de esta infamia el infame medicnero,
 respondedle: «¡Tú mismo, y lo ignorabas!
 ¡Y contigo las lenguas de los necios!»
 Ven, Teodora, la sombra de mi madre
 posa en tu frente inmaculada un beso.
 ¡Adiós!... ¡Me pertenece!... ¡Que en su día
 á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!

FIN DEL DRAMA